

harto ruidosa para que los reyes aliados le dejaran generosamente retirarse del campo de batalla. Lafayette, separado de sus amigos y llevado de ciudadela en ciudadela hasta el calabozo de Olmutz, sufrió con la paciencia de la convicción un largo y odioso cautiverio. Mártir de la libertad, después de haber sido su héroe, su vida pública sufrió desde este día una interrupción de treinta años. La revolución le hizo figurar en la escena política. Sus amigos y sus enemigos reconocieron en él los mismos principios, las mismas virtudes y las mismas generosas ilusiones.

La expatriación de Lafayette y la sumisión de su cuerpo de ejército dejaron á la Asamblea sin inquietud respecto á las disposiciones de la tropa. Los girondinos, influyentes en el nuevo ministerio por Servan, Claviere y Roland, previendo una lucha inmediata con los jacobinos, conocieron la importancia de dar al ejército un jefe que les asegurase á la vez la victoria sobre los enemigos exteriores y un apoyo contra los del interior. Antiguos colegas de Dumouriez, sus resentimientos con este general cedieron ante la alta idea que este hombre les habia dejado de sus talentos. Por su parte Dumouriez, con su gran golpe de vista, habia sondeado el acontecimiento del 10 de Agosto y le habia juzgado. Las crisis no vuelven hácia atrás antes de haberse gastado por sí mismas, ó de haber acabado su obra. La crisis daba un paso hácia adelante, y era necesario avanzar con ella, porque si no, dejaría atrás á los indecisos. Dumouriez sintió la desgracia del rey, pero con rehusar el juramento á la nación se perdía, sin salvar á Luis XVI.

Por otra parte, cualquiera que fuese la forma de gobierno, siempre existiría una patria, y salvarla era la única política que convenia en semejantes momentos á un soldado: el campo de batalla era el camino del poder. Mientras que los otros generales se disculpaban con la necesidad ó usaban inútiles resistencias, Dumouriez, encerrado en su campo de Maulde, cerca de Valenciennes, desobedeció atrevidamente á Dillon, y se negó á hacer prestar á su ejército el antiguo juramento al rey, poniéndose desde luego á la obediencia de los acontecimientos. En aquel mismo momento se entabló una correspondencia secreta entre Servan, Roland y Claviere, sus antiguos colegas, y este general. Los girondinos se felicitaron por tener una cabeza y un brazo de su parte, y por otra los jacobinos anudaron con Dumouriez relaciones que la casualidad hizo nacer, y de las que la habilidad del general sacó mucho partido para engrandecerse.

IV

El joven Couthon, amigo de Robespierre y diputado por la Auvernia en la Asamblea legislativa, estaba en estos momentos en los baños de Saint-Amand. Este pueblo estaba próximo de Valenciennes, y en las cercanías del campamento de Dumouriez. El general y el diputado se habian encontrado y hablado muchas veces. Este hombre tenia la aureola de sus presentimientos, y su verbosidad arrebatada á cuantos se le acercaban. Couthon quedó alucinado por esta seducción del talento de Dumouriez, como le habia sucedido á Gensonné. El adivinó en aquel hombre el salvador de la patria.

Couthon, joven abogado de Clermont antes de ir á la Asamblea nacional y después á la Convención, llevaba su fe en la revolución hasta el fanatismo, que

dulce y reflexivo entónces, fué sanguinario después. El móvil de esta alma inflamada de amor y de esperanza hácia la humanidad, se convirtió en el cráter de un volcan interior contra los enemigos de sus ideas. Cuanto más agradables son los sueños del hombre, tanto más se irrita contra todo lo que se los estorba. Couthon era filósofo, de rostro agraciado, de mirada severa y de conversaciones graves y melancólicas. Una joven esposa y un hijo alimentaban la ternura de su alma



Manuel (uno de los dos personajes que condujeron á Luis XVI al Temple).

y le consolaban en su enfermedad: Couthon estaba privado del uso de las piernas, y la causa de esta enfermedad hacía interesante su desgracia, porque era motivada por el amor. Atravesando una noche un barranco cenagoso de la Auvernia para ir furtivamente á hablar con la joven que amaba, se extravió en la oscuridad. Sumido hasta el amanecer en el fango helado que se deshacía bajo el peso de su cuerpo, tuvo que luchar toda la noche con la muerte, y no pudo escapar sino tullido y casi helado. Entónces no se podía sospechar aún el destino futuro de Couthon. Todavía no se veía sangre en sus sueños.

Los tres diputados enviados al ejército de Dillon, Delmas, Dubois-Dubais y Bellegarde, llegaron el 14 de Agosto á Valenciennes, con orden de destituir á Dillon y á Lanoue. Estos dos generales estuvieron remisos en reconocer el 10 de

Agosto. Arrepentidos y sumisos, imploraron perdon, y los tres comisionados iban ya á concedérselo, cuando Couthon se apresuró á ir de Saint-Amand á Valenciennes, y ponderando los talentos y energía de Dumouriez, obtuvo de la Asamblea para éste el mando de los dos ejércitos de Lanoue y de Lafayette. Westermann, amigo de Danton, que habia sido su hombre de guerra en la jornada del 10 de Agosto, y al presente su emisario en los ejércitos, despues de haber visitado el campo de Sedan, fué á Valenciennes, y pintó vivamente á Dumouriez el estado de desorganizacion del ejército de Lafayette, la desercion de los oficiales, el descontento de los soldados, el mal espíritu de los Ardennes y la violacion próxima del territorio, si el enemigo, dueño ya de Longwy, avanzaba sobre la Champagne. Westermann, animado de todo el fuego republicano que se respiraba en Paris, convenció á Dumouriez y le atrajo á su partido. El general, acostumbrado á tratar con las facciones y á entender á medias palabras las insinuaciones de sus jefes, comprendió que Danton queria tener un agente en el ejército en la persona de Westermann, é hizo de este jóven oficial el lazo de sus relaciones con Danton. Westermann, como todos los demas, fué atraído á su vez á la esfera del movimiento y del talento de Dumouriez. Comisionado para observarle, le admiró y le sirvió con ardor. El general, que empleaba á los hombres segun su mérito y no por su graduacion, á la primera mirada reconoció en Westermann un corazon marcial, un alma de fuego, un brazo de hierro. Desde entónces le llevó á su lado.

Dumouriez tomó durante la noche del 25 de Agosto sus disposiciones para la campaña de Bélgica, á la que aún no habia renunciado. Llamó de Lille al general Labourdonnaye que mandaba aquella plaza, le confió el mando del ejército de Valenciennes durante su ausencia, y salió para Sedan el 26, con Westermann, un solo ayudante de campo y su ayuda de cámara Bautista, cuyo valor y cariño hacía su amo hicieron despues de él uno de los instrumentos de su gloria y de las ventajas obtenidas por el ejército. El 28 llegó Dumouriez al campo de Lafayette, siendo recibido con la frialdad y las murmuraciones propias de un ejército que no conocia el jefe que se le daba, y que echaba de ménos al que habia tenido. Seguro del porvenir, el nuevo general no se intimidó por este recibimiento, despreciando las actitudes hostiles y fiándose en que el sentimiento de su superioridad le conquistaria los corazones. Sin equipaje y sin sus caballos, que aún no habian llegado, montó los de Lafayette para pasar revista á las tropas y arengarlas. La infantería se mostró melancólica pero firme, y la caballería casi sediciosa. Pasando por delante de las filas, oyó varias expresiones injuriosas contra él. «Este es el hombre—decian los soldados entre sí—que ha hecho declarar la guerra, y que es la causa de los peligros de la patria y de la sangre de nuestros hermanos derramada en Longwy.» Dumouriez, deteniendo el caballo y mirando con firmeza á los escuadrones, les dijo: «¿Hay alguno tan cobarde entre vosotros que sea capaz de afligirse por la guerra, y que crea conquistar la libertad sin batirse?» Este breve apóstrofe produjo, si no la confianza, al ménos el respeto en aquellos oficiales y soldados. Las miradas de Dumouriez, la presencia de Westermann, el vencedor del 10 de Agosto, manchado aún con la sangre de los suizos y escudado con el entusiasmo que por él tenia el pueblo de Paris, impusieron á las tropas. Estas conocieron que por la toma de Longwy se hallaban entre las bayonetas de los prusianos y el desprecio de la nacion que las observaba.



COUTHON.

Tratóse entónces del plan de campaña que habia de seguirse, y desplegadas las cartas, calculadas las fuerzas respectivas y medidas las distancias sobre la mesa del consejo, Dumouriez abrió la sesión, exponiendo la situación en que se hallaban y pidiendo consejos. Dillon fué el primero que tomó la palabra, mostrando sobre el mapa el punto de Chalons como la posición de que era necesario apoderarse ántes que lo hiciese el enemigo, si se quería cortarle á tiempo la entrada en las llanuras de Francia y el camino de Paris; tomando el compas, midió la distancia de Chalons á Verdun y de Chalons á Sedan; mostró que el enemigo, inmediato ya á los muros de Verdun, estaba más cerca de Chalons que el ejército defensivo, y representó con energía y copia de razones que la conservación de la capital importaba más á la nación que la de los Ardennes, y concluyó por que se marchase aquella misma noche sobre Chalons, dejando al general Chazot y algunos batallones en el campo fortificado de Sedan. Todo el consejo fué de este parecer. Dumouriez aparentó aprobarlo con su silencio, y ordenó á Dillon que tomase el mando de la vanguardia y que se trasladase á la orilla izquierda del Marne, como si conviniere en efectuar el movimiento sobre Chalons; pero no era así. Apénas se despidió el consejo de guerra, cuando Dumouriez, viendo á su lado al ayudante general Thouvenot, cuyo aire pensativo y cuya fisonomía expresiva habian llamado su atención durante el discurso de Dillon, se franqueó con él como con un confidente capaz de comprenderle y de concebir una grande idea. «La retirada sobre Chalons—le dijo—es un pensamiento sabio, pero la sabiduría de los grandes peligros es la temeridad. Es necesario engañar á la fortuna, mostrándose más confiado cuando ella es más adversa. Retirarse detras del Marne ante un enemigo numeroso y activo es dar á Francia una prueba de debilidad y de desaliento; es principiar la guerra por un movimiento á retaguardia, parecido siempre á una derrota; en fin, es abrir á los coligados las llanuras fértiles de Epernay y de Reims y facilitarles el camino de Paris, sobre el cual ningun obstáculo puede detenerlos desde el Marne.» Mostrando sobre la carta una larga línea de bosques que se extiende desde Sedan á Sainte-Menehould, entre Verdun y Chalons, cuyo nombre, desconocido entónces, fué despues nacional, dijo á Thouvenot: «Hé aquí las Termópilas de Francia. Si tengo la felicidad de llegar ántes que los prusianos, todo se salva». Este movimiento oblicuo de Dumouriez, en vez de alejar al ejército frances de los prusianos, lo aproximaba á ellos y le fijaba audazmente un campo de batalla en el mismo terreno que ocupaban ya; porque desde Verdun, en donde estaba el rey de Prusia, hay ménos distancia que de Sedan, en donde se hallaba el ejército frances, para trasladarse al centro del bosque de Argonne. Thouvenot se convenció por el entusiasmo con que este rayo de talento iluminó de pronto la ojeada militar de Dumouriez, y adoptó la idea como si él la hubiese concebido. Subyugado por la superioridad de carácter é inteligencia que descubria en su jefe, fué desde este dia su segundo y su amigo. Era uno de esos hombres cuya alma se adormece en la oscuridad de los puestos secundarios, hasta que una mano hábil toca al resorte que debe moverle. Estimaba á Lafayette, pero tuvo una especie de culto por Dumouriez. Buen oficial á las órdenes del primero, fué un héroe á las del segundo. Los hombres hacen á los hombres: el alma de un ejército es su general.

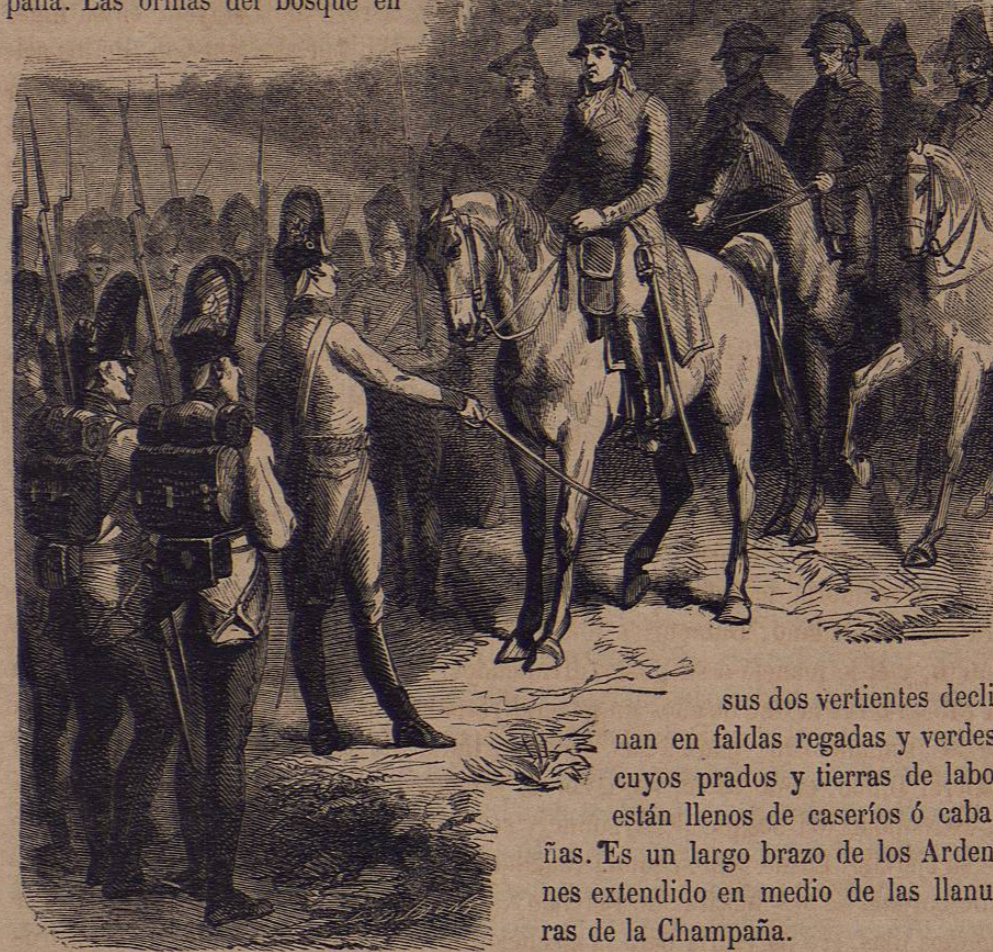
Dichoso por haber sido comprendido, Dumouriez, que no se habia acostado desde el dia anterior á su salida de Valenciennes, encargó á Thouvenot que arre-

glase los detalles de aquel movimiento, y durmió algunas horas con esta idea. Las grandes resoluciones calman á los grandes corazones; Dumouriez estaba seguro con anticipacion del buen éxito del partido que habia tomado. Cuando se despertó envió orden á Beurnonville, á quien habia dejado en Valenciennes, para que le trajese nueve mil hombres de infantería y caballería, inútiles por el momento en el campo de Maulde, é hizo partir por todos los caminos correos y oficiales expertos para informar á Luckner de sus movimientos é informarse de los de aquel general. Preveníale que iba á llamar sobre el Argonne todo el peso de un ejército de ochenta mil prusianos, y le designaba el punto probable en que se verificaria la reunion del ejército de Metz y el de Sedan, reunion que si podia efectuarse, señalaría el sitio de la batalla y salvaría á la patria. Tomó de los arsenales de la Fere y de Douai las municiones de guerra de que carecia, y finalmente, nombró los generales que debian reemplazar á los que habia arrastrado Lafayette en su fuga. Dangest, Diettmann, Ligneville, Chazot y Miaczinski, oficiales queridos de los soldados, recibieron el grado de tenientes generales y mariscales de campo. Su estado mayor, incierto, descontento, lleno de dudas y murmuraciones, lo compuso de hombres que le debian su fortuna y á los que él encadenaba á la suya. El ejército tenia ya una cabeza; en veinticuatro horas esta cabeza tuvo brazos. Dumouriez comunicó al ministro de la Guerra Servan su plan de defensa, é instruyó confidencialmente á Danton, por medio de Westermann, de la resolucion temeraria que habia concebido.

Advertido tambien por Westermann de las convulsiones patrióticas con que Danton meditaba agitar á Francia para lanzar miles de defensores á las fronteras, Dumouriez indicó á Chalons y Sainte-Menehould para que acampasen los voluntarios que llegasen del interior. Proveyó estos dos campos de los víveres y forrajes necesarios para hombres y caballos. Siempre á caballo ó en el consejo, se multiplicaba personalmente para darse á conocer á todos los cuerpos, borrando de este modo la memoria de Lafayette para reemplazarlo en todos los corazones. Lafayette era más ciudadano; Dumouriez fué más soldado. El ejército se le entregó todo entero, y él lo manejó á su gusto, dividiéndolo en distintos cuerpos y poniendo á la cabeza de cada uno de ellos un general responsable con su gloria de la conducta de los soldados que tenia á sus órdenes. Habiendo destacado el dia anterior al general Dillon, como se ha visto, con la vanguardia, con el designio de llevarla á la extremidad del bosque de Argonne y separarse por muchos dias de esta parte de su ejército, formó otra segunda vanguardia al mando de Stengel, valiente y atrevido coronel de los húsares de Bercheny. La resistencia de Verdun, al ménos por algunos dias, era necesaria para la ejecucion de sus planes y despliegue de las tropas en las diferentes posiciones que queria ocupar en el Argonne; para esto, hizo marchar á aquella plaza al general Galbaud con un refuerzo de tres mil hombres, á fin de que se prolongase todo lo posible la defensa. Tomadas estas disposiciones, estudió más de cerca el terreno sobre que iba á establecer al ejército frances, la importancia de los diferentes puestos que tendria que cubrir, y los medios de hacerle llegar ántes que los coligados á los desfiladeros, de los cuales el enemigo, mayor en número, estaba más cerca que él. Era preciso el mayor secreto, pues si su idea se hubiera traslucido, hubiese abortado el plan; un mero indicio era suficiente para echarlo todo á perder.

V

El bosque de Argonne tiene quince leguas de largo desde Sedan á Sainte-Menehould; su ancho es desde dos hasta cuatro leguas en una proporcion muy desigual. Está situado sobre un terreno montuoso, y cortado por rios, estanques, arroyos, pantanos y barrancos, que uniendo nuevos obstáculos á los peculiares del bosque, hacen de él una barrera impenetrable á la marcha de un ejército. Este bosque separa las ricas provincias de los Tres Obispos de las llanuras estériles de la Champaña. Las orillas del bosque en



Prision de Lafayette.—Pág. 27.

sus dos vertientes declinan en faldas regadas y verdes, cuyos prados y tierras de labor están llenos de caseríos ó cabañas. Es un largo brazo de los Ardenes extendido en medio de las llanuras de la Champaña.

No se puede atravesar este bosque sino por cinco claros que la configuracion natural del terreno, el lecho de las aguas, los desmontes y la linea de los caminos han trazado y allanado en su espesor. Estos cinco pasos, ocupados, fortificados y defendidos, cubren á la Francia central. El primero de ellos y el más inmediato á Sedan es el de *Chene-le-Populeux*, que es ancho y sin obstáculos naturales y da paso al camino de Rethel á Sedan. El segundo se llama la *Croix-au-Bois*, y no es más que un camino hondo para los leñadores. El tercero es el desfiladero de *Grandpré*, situado en el centro del bosque. La naturaleza ha dispuesto esta ave-